

Por deber de su oficio visitó el P. Pignatelli varias veces el colegio de Tivoli, y una el de Orvieto: y era indecible el consuelo que la vista del Superior causaba á aquellos Padres. «En el diario del colegio de Orvieto, que tengo á la vista,» dice el P. Boero, «está notado el arribo del Siervo de Dios con estas palabras: «Á 12 de Setiembre de 1807 llegó esperado y deseado por mucho tiempo nuestro P. Provincial, José Pignatelli, en compañía del P. Luis Panizzoni. Le recibimos en la portería; y para sumo consuelo nuestro se detuvo unos diez días en esta casa.»

Y no solo estos de Orvieto, sino cuantos le trataron algun tiempo, nos han dejado por escrito el recuerdo de la gran pena que les causaba la ausencia de tan buen Padre y de la viva conmocion de sus almas siempre que se ponían en su presencia de nuevo y podían gozar de ella por algun tiempo y á su gusto.»

Durante los días que estuvo en Orvieto, atestigua uno que vivía pared por medio de su cuarto, que despertándose á menudo de noche, oía siempre al P. Pignatelli prorrumpir en desahogos y afectos ternísimos de caridad. Tambien en Roma una mañana entró en su aposento el H. Santiago Annoni, que era el despertador; y el P. José, que estaba de rodillas delante de su ventanita, se sacudió de pronto, y le preguntó qué se le ofrecía: respondió el Hermano, que era la hora de levantarse la comunidad. Replicó el Padre: «Cómo ¿tan pronto?» De donde coligió el Hermano que el Padre había velado en oracion toda la noche.

La ventanita, de que habla el H. Annoni, es la que abrió el Venerable en la pared de su aposento, que daba á la iglesia, para poderse poner á orar ante Jesús sacramentado siempre que las ocupaciones se lo permitieran, como había hecho en Colorno. Allí se pasaba muchas horas del día y á veces las noches enteras en fervorosa oracion.

CAPÍTULO IV

Suplica en vano que se le exonere del oficio de Provincial. — El Padre Pignatelli y Carlos Manuel, rey de Cerdeña. — Testimonio del cardenal Odescalchi. — Estima en que le tiene el Ven. Vicente Strambi. — Su paciencia y caridad. — Quiere Pío VII hacerle cardenal. — Los franceses en el estado de la Iglesia. — Ministerios de los Padres en Roma. — Desgraciado fin de Paccanari. — Cuidado de los presos. — Desinterés del Siervo de Dios. — Envía socorros á sus hermanos de Ferrara. — Socorre á los encarcelados por no jurar fidelidad al intruso rey de España. — Alcanza la libertad á los de Orvieto. — Defiende á los suyos ante el comisario y el general Miollis. — Estado de la Provincia napolitana. — Elogio de su Provincial. — El conde de Floridablanca reconoce al fin las injusticias hechas contra la Compañía, y quiere repararlas.

1807 — 1808

Aunque tan patentes eran las extraordinarias dotes y virtudes del P. Pignatelli, él se reputaba inepto é incapaz, falto de virtud y prudencia para dirigir á otros y manejar los negocios de la Compañía en tan difíciles tiempos; y solía decir con gran sentimiento de humildad, que él no servía sino para hacer abortar las obras y empresas de gloria de Dios, que siempre concluirían mal en sus manos. Así es que en este mismo año de 1807 renovó las instancias hechas en otras ocasiones al P. General para que le descargase del gobierno; y las acompañó con tal aparato de razones, que le parecía haber de ser muy eficaces

esta vez. Pero le salió mal la cuenta: porque al mismo tiempo que la suya, fueron al P. General muchas otras cartas de sus súbditos, en las que suplicaban á una voz, que por cuanto era de desear el establecimiento y la conservacion de la Compañía en Italia, no se pensase ni entonces ni nunca en quitar del gobierno al P. Pignatelli. Tal era la confianza que en su santo Provincial tenían.

Respondióle el P. General con la siguiente carta: «Bendigo á Nuestro Señor Jesucristo y hágole gracias de que sea Vuestra Reverencia el que en tan calamitosos tiempos está al frente de esa reducida grey. Por esta causa, Reverendo Padre, no pienso exonerar á V. R. de ese cargo: antes al contrario, quiero, suplico, y si para mayor merecimiento de V. R. es necesario, ordeno y mando, que continúe V. R., para mayor gloria de Dios, en el oficio que se le impuso, y que con provecho desempeña. Á los negocios, que le encomendé en mis últimas letras, dé V. Reverencia todo el calor que le fuere posible, y ruegue por mí á Dios. — De San Petersburgo, á 9 de Febrero de 1808. — TADEO BRZOWSKI¹.

Visto, pues, que era inexpugnable el ánimo del General, y recibida esta orden expresa de continuar en su cargo, inclinó la cabeza á la obediencia, y se propuso pasar sus días, salvo lo que exigieran sus deberes, en una perfecta abnegacion de sí mismo y desprecio del mundo en su amada soledad de San Pantaleon. Pero ni esto le salió segun sus deseos; porque á pesar de su empeño en ocultarse, se le reconocía públicamente como Provincial de la Compañía; y con este título se le anunciaba en la antecámara de Su Santidad, siempre que iba á tratar de los negocios de aquella. Además, como no dejaba de esparcirse el buen olor de su santidad y virtudes, muchos personajes de los más distinguidos por su posicion y nobleza empezaron á frecuentar su aposento de San Pantaleon; y sabemos por testimonio de los Padres que vivían con él, que no hubo cardenal en la corte de

¹ *Ex Regest. Epist. Praep. Gen. in Rossia.*

Roma, que no fuese de cuando en cuando á verle, hablarle y pedirle consejo.

Muchos obispos, prelados, sacerdotes seculares y regulares de diversos institutos, príncipes y caballeros romanos, y otras personas de varios estados y condiciones, conociendo por experiencia lo muy prudente é ilustrado que era el Padre en las cosas de Dios, acudían á él para que les resolviera sus dudas, los aliviase en sus penas y les diese avisos y documentos para el bien de sus almas. Entre los que con más frecuencia gozaban de su santa conversacion, se cuentan Carlos Manuel, rey de Cerdeña, y el cardenal Carlos Odescalchi, de la familia de los príncipes de este nombre, muy jóven á la sazón.

Carlos Manuel confesaba que no solamente debía al P. Pignatelli aquel vigor de espíritu, de que tuvo necesidad para sufrir con paciencia y resignacion las continuas adversidades, que le sobrevinieron desde que ciñó la real corona, sino tambien las primeras semillas de su vocacion á la Compañía de Jesús, en la cual entró, vivió y murió santamente. Por lo que le habían dicho y hecho leer los jansenistas, había en su juventud sentido mal de los jesuitas; pero en la desgracia abrió los ojos. Cuando fue á Roma el P. Pignatelli, en seguida trató con él: pidióle un ejemplar del Instituto, lo leyó, y enamoróse de él y de los que lo profesaban¹. Diose á imitar las virtudes de su difunta esposa, cuya causa de beatificacion entabló, logrando verla declarada Venerable por Pío VII en 10 de Abril del siguiente año de 1808, y tuvo Carlos Manuel la dicha de asistir á tan solemne acto con la devocion y ternura que se puede suponer.

Por lo que toca al cardenal Odescalchi, bastará aducir su propio testimonio. En los procesos de beatificacion depuso el cardenal entre otras cosas, lo siguiente: «Me acuerdo muy bien de que era pública en Roma la opinion de la santa vida del Siervo de Dios, y de que esta opinion no era solo del vulgo y de la gente pobre, que solía ir tras él, mas tambien de personas

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 49, pág. 35.

distinguidas por su doctrina, nobleza y santidad de costumbres... Muchos y muy respetables sujetos que me hablaban de él, me decían sin zozobrar que era santo; y en realidad inspiraba veneración en las almas de todos. Como santo era respetado por sus súbditos, y como á un santo se dirigían á él personas buenas y respetables para pedirle oraciones y consejo..... Á pesar de la distancia del tiempo, sobre el cual hago esta deposición, y el olvido de muchas particulares circunstancias, me acuerdo muy bien de que no solo su fama y nombradía me inclinó y condujo á conocerle por medio del señor conde Alejandro Pianciani, hombre de santa vida y adictísimo al Siervo de Dios, sino que después de conocerle, creció en mí tanto el concepto y la opinión de su santidad, que cada vez que me acercaba á él, me parecía conversar con un santo¹.»

Esto dice el referido cardenal: y la causa de tanta admiración por el P. José, la explica así el autor de la vida del venerable prelado. «La íntima comunicación con el varón de Dios, por espacio de cinco años bien cumplidos que vivió en Roma el P. Pignatelli, hizo que admirase nuestro Carlos aquella igualdad de ánimo en las más duras vicisitudes, la firme confianza en el auxilio de Dios cuando le escaseó el de los hombres, la rara suavidad en el gobierno, el ejercicio de la oración, la prudencia en atemperarse á los tiempos, las entrañas de ternísima caridad abiertas á toda clase de personas, el menosprecio de sí mismo en medio de la grande estima en que era tenido por los grandes, el ansia por las cosas eternas y menosprecio de las humanas, y el anhelar con ardientes suspiros por la patria de los vivientes. De aquí nació en él una profunda veneración al Siervo de Dios y se le echó en el corazón la primera semilla del amor á la Compañía de Jesús, que sucesivamente se desenvolvió y creció, y no paró hasta consagrarse en ella todo al servicio de Dios².»

¹ *Summar.*, núm. 21, págs. 269 y 270.

² P. ANTONIO ANGELINI, *Vida del P. Carlos Odescalchi, de la Compañía de Jesús*, Lib. I, Cap. IX.

Á estos testimonios podemos añadir el de otro varón de grande dignidad y virtud, y no menos admirador de la santidad del P. Pignatelli. El Venerable Vicente Strambi, obispo de Macerata y Tolentino, cuya causa de beatificación ha sido introducida ya en la sagrada Congregación de ritos, ántes de haber visto al P. Pignatelli, tenía gran concepto de él por su nombradía; pero después que le hubo conocido personalmente en Roma, quedó tan admirado de él y cobróle tanto aprecio y estima, que al saber más tarde la muerte del Siervo de Dios, en Milan, donde estaba sufriendo el destierro, tuvo indecible pena, y quiso para memoria un librito usado por él¹.

Escribió después de su puño una carta á los Padres de Roma, en la que dice estas honrosas y notables palabras: «Quisiera poder expresar lo que siente mi alma y hacer penetrar bien la estimación y reverencia que me merece el P. Pignatelli de la Compañía de Jesús. Cuando por primera vez me hablaron de él, no pudiendo yo dudar de la veracidad y buena fe de la persona que me hablaba, le juzgué por hombre dotado de gran virtud y aun enriquecido con algun don particular de Dios. Tuve que hablar después con el mismo sobre algunos negocios de mi diócesis, cuando pasé á Roma en el año de 1807, y me pareció ver un hombre formado todo en el molde de la virtud. La tranquilidad de su alma, el dominio de sí mismo, la confianza viva en Dios, la resignación amorosa á todas sus soberanas disposiciones, la dulzura y afabilidad que descubrí en él, me edificaron sobre manera. Desde aquel punto me confirmé en la opinión formada por relación ajena, y le he tenido y tengo por un gran siervo de Dios. — VICENTE MARIA DE SAN PABLO — Obispo de Macerata y Tolentino.»

Muchos eran los que al Padre acudían, y no le daban poco

¹ En el proceso romano, fol. 786, *b*, refiere D. Tito Cecconi, que el Venerable Strambi supo que conservaba él un testamento griego, precioso regalo que le había hecho el P. Pignatelli, y que le obligó cortésmente á que se lo cediese, para tener una memoria del Siervo de Dios.

que padecer tantas visitas á una persona de tan quebrantada salud y tan escasas fuerzas corporales: y con todo sabemos que jamás habló palabra ó hizo ademan que arguyese de importuno á nadie. Recibía indiferentemente á cuantos le iban á ver con admirable apacibilidad de rostro y serenidad de ánimo; escuchaba con paciencia, y sin interrumpir, sus largos razonamientos; y después con breves y bien meditadas sentencias respondía á las preguntas, soltaba las dudas, allanaba las dificultades, y á todos los dejaba igualmente contentos.

Sucedía no raras veces que por el molesto dolor de cabeza, que solía padecer, le era insoportable tormento el solo oír hablar; y sabiéndolo los de casa, le suplicaban que no recibiese á nadie; pero jamás lo alcanzaron, sino siempre le oyeron decir, que más valía padecer, que faltar á la caridad y despedir descontentos á los que iban á buscarle, quizá necesitados de algun consuelo; y que más hacían ellos en irle á ver, algunas veces desde muy lejos, que no él en recibirlos y escucharlos sin tener que salir de casa.

No satisfecho con esta conducta, llevaba su caridad hasta el extremo de querer volver en persona, y una por una, las visitas á los personajes de mayor importancia, que habían ido á obsequiarle á San Pantaleon: y era cosa que edificaba y admiraba no poco, el ver á aquel buen anciano tan achacoso abandonar su soledad, y á pie, con el alma y el corazon en Dios, cruzar las calles de Roma para cumplir lo que tenía por deber de urbanidad y gratitud. Y no dejaba de cumplirlo, aunque aquellos prelados y caballeros, movidos á compasion de lo mucho que padecía, le suplicasen que no saliese de casa con tanta incomodidad: por lo cual no es decible cuánto se conciliaba el amor y reverencia de todos.

El P. Luis Mozzi, testigo ocular, dice: «Todos los cardenales, obispos, prelados y generales de órdenes religiosas, con quienes he tenido el honor de hablar, me han demostrado siempre una verdadera veneracion hacia el P. Pignatelli: y he observado que por poco que este hablase con una persona, la dejaba poseída

de alto concepto de su doctrina, de su talento y de su virtud eminente.»

Pero quien rayó más alto en la estimacion y afecto hacia el P. Pignatelli, fue el Sumo Pontífice Pio VII, gran siervo de Dios tambien y justo apreciador de las virtudes de los hombres santos. Siendo todavía obispo de Ímola, al oír las grandes cosas que se decían de la prudencia y de la perfeccion en todo género de virtudes del P. José, entonces maestro de novicios en Colorno, concibió de él una opinion elevada; y después, cuando le hubo conocido en Roma, y aquilatado, por decirlo así, su espíritu, solía hablar de él con expresiones de admiracion y de grande elogio.

Poco después de su llegada á Roma, ántes de pasar á vivir en la casa del Buen Consejo, presentó el P. Pignatelli todos sus súbditos que moraban en el colegio romano á Su Santidad, «el cual,» dice el P. Luis Ferrarini, uno de ellos¹, «nos acogió con suma benignidad, y á todos nos bendijo paternalmente, y nos habló con afabilidad.» Cuantas veces iba el Padre á verle, y no eran pocas, con motivo de los muchos negocios que le encomendaba el P. General, le daba acogida con verdadero trasporte de alegría y consuelo, abría su corazon, desahogaba con él las amarguras de su alma, y departían ambos largamente sobre las cosas del cielo.

Tal fue por último el encanto que las rarísimas dotes del Padre Pignatelli produjeron en el ánimo de aquel gran Pontífice, que persuadido de que si se colocaban en alto y en más clara luz, serían de mayor provecho para su persona y para toda la Iglesia, en aquellos tan trabajosos tiempos muy necesitada de hombres, que con elevado ingenio, ánimo fuerte y santidad de vida se opusiesen como sólido muro á las maquinaciones de los impíos, conjurados contra la Sede Apostólica; con el parecer de muchos cardenales resolvió unirle más estrechamente á su persona, y confiarle el manejo de los negocios de mayor importancia, haciéndole cardenal.

¹ *Process. Rom.*, fol. 988.

No habría demorado un punto la ejecución de este su intento, si el P. Luis Mozzi, que sospechó algo, no se hubiese resuelto á desvanecer aquella idea, alegando un motivo tal, que fue suficiente para que el Pontífice no volviera á pensar en semejante cosa. Dijole que si creaba cardenal al P. Pignatelli, lejos de ganarle, le perdía; pues siendo él de suyo tan enemigo de toda preeminencia, que había hecho vehementes instancias y derramado muchas lágrimas para conseguir que le exonerasen del cargo de Provincial; solo con que entendiase que se trataba de elevarle á aquella dignidad eclesiástica, no resistiría la pena, y empeorando de sus achaques sin remedio, en pocos días cesaría de vivir.

Pero mejor será oír la narración de este suceso del mismo P. Mozzi. «El Pontífice Pío VII,» dice, «me preguntaba siempre por él con mucho cuidado, y se dejaba ver muy solícito de su conservación y salud; y siempre me encargaba que le saludase y le dijese que le enviaba su santa bendición. Mirábale como á uno de los hombres más idóneos para manejar negocios los más difíciles, así por la extensión de sus conocimientos y saber, como por las luces sobrenaturales de que le creía lleno, y por su eminente santidad. Dijome más de una vez, que si llegaba á faltar el P. General, no pudiera la Compañía elegir hombre más digno que él, por estar adornado de todas las cualidades de excelente superior. Supe por un cardenal, que el Papa pensaba seriamente en honrarle con la sagrada púrpura, y que lo deseaban también muchos Eminentísimos; y que pensaba encargarle varias incumbencias difíciles, relativas á los grandes intereses de la Iglesia universal y de la Santa Sede; y me representó aquel purpurado el plan tan próximo á efectuarse, que me atreví á hacer cuanto pude para que no se verificase, representando que con aquel paso no se lograría más que acelerar la muerte del santo varón y arruinar la Compañía.»

Así el P. Mozzi, y decía bien; porque el Siervo de Dios tenía en este mundo todo su consuelo en ser religioso de la Compañía y en vivir con sus hermanos; y la sola idea de que pudiesen

arrebatarle este bien, le habría ocasionado una angustia insostenible.

Fijábase á veces en los objetos que le rodeaban: y comparando la estrechez de la habitación, la pobreza del vestido y comida, y todas las privaciones de San Pantaleon, con las delicias, comodidades y riquezas, y cuanto podía prometerse en el mundo; serena la frente y rebotándole de júbilo el corazón, exclamaba: «Más contento estoy en este pequeño y miserable hospicio con esta negra y pobre sotana, que lo estuviera en los palacios de los grandes, adornado de oro espléndido y rica púrpura.» Y daba incesantemente gracias á Dios por haberle hecho digno de tanto bien, llamándole al estado religioso para abrazarse en él con la pobreza del evangelio y la humildad de la santa cruz.

Cuántas y cuán frecuentes ocasiones de ejercitar estas virtudes se le ofrecieran á él y á sus compañeros del Buen Consejo, puede inferirse de la estrechez del edificio y de la falta de socorro humano con que atender á su decente subsistencia: y con todo vivían alegres, contentos y animados á trabajar en servicio de sus prójimos. Pero bien pronto se vio turbada la paz y dicha de que gozaban: y la causa fueron los graves temores de terribles é inevitables trastornos que de repente surgieron. Por fortuna no pasaron de temores para los más de los moradores del Buen Consejo, gracias á la solicitud y prudencia del P. Pignatelli, por quien veló la divina Providencia con cuidado particular.

Antes de referir por menudo los hechos, apuntaré algo sobre sus causas. El 2 de Febrero de 1808 seis mil franceses capitaneados por el general Miollis, que con pretexto de combatir las bandas napolitanas desde el territorio pontificio, habían entrado á mano armada en los estados de la Iglesia, y ocuparon á Roma; asaltaron la puerta llamada del *Pópulo*, entraron en la ciudad, y apoderándose del castillo de Santángelo y de todos los puestos militares, dirigieron las bocas de los cañones al palacio del Quirinal, donde residía el Sumo Pontífice.

No obstante las vigorosas y reiteradas protestas del magnánimo Pío VII, que con libertad apostólica tronó contra los inicuos